

LETRAS

Letrillas

LETRONES

JUSTICIA

EL CASO TOMMOUHI Y MOUNIB

Justicia poética. *El caso de dos condenados por la cara* (Seix Barral, 2010) cuenta, en resumen, la siguiente historia: en otoño de 1991, tras una oleada de asaltos y violaciones en distintas poblaciones de Cataluña, varias víctimas y testigos señalaron a Ahmed Tommouhi y Abderrazak Mounib, ambos marroquíes, como los autores de los crímenes. Basándose casi exclusivamente en esos testimonios, sin contrastarlos con los hechos ni llamar a más testigos que hubiesen podido confirmar su declaración de inocencia, la justicia los procesó y condenó a prisión. Cuatro años después, en 1995, tras una segunda serie de violaciones, fue detenido Antonio García Carbonell, un gitano español con cierto parecido físico con Tommouhi. Fue entonces cuando el guardia civil Reyes Benítez, que había estado en las dos detenciones, ató cabos y empezó a creer que Tommouhi y Mounib eran de verdad inocentes. Pruebas de ADN y otras demostraron que, en efecto, García Carbonell era, junto con un pariente nunca identificado, uno de los criminales de la segunda oleada y, por tanto, seguramente también de la primera. Sin embargo, pese a que todo indicaba que con los marroquíes se había cometido un error, ambos permanecieron en prisión. Mounib murió en su celda en 2000. Tommouhi, tras rechazar varias veces la

libertad condicional aduciendo que él era inocente y que lo que pedía era la revisión y anulación de su caso, la acabó aceptando en 2006. Por fin, en 2009, cumplió su condena.

El autor de *Justicia poética* es el periodista Braulio García Jaén (Cádiz, 1978), quien ha dedicado más de tres años a investigar y reconstruir los detalles de la historia. Leyendo su libro, uno se pregunta por qué los jueces, fiscales, abogados y periodistas que juzgaron injustamente a los dos marroquíes no fueron capaces de investigar dieciséis años antes.

¿Cómo defines Justicia poética?

Quizá es la historia de lo que ocurre cuando la justicia, el periodismo y la política funcionan sin que nadie verifique nada; la historia de lo difícil que se hace para mucha gente, sobre todo para ciertos corporativismos, reconocer los errores, y también la historia de lo poco que cuentan las personas casi sin nombre y casi sin DNI cuando se ven envueltas en disputas que se dilucidan en otras alturas.

Esa falta de verificación en la justicia, cuando debería ser la norma, ¿a qué crees que se debe? ¿Es pereza?

No sé si es pereza. El problema técnico que desaconseja la verificación es que, por la dureza de los delitos y la cercanía con que se cometen, se hace difícil cuestionar lo que las víctimas dicen con la seguridad con que lo están diciendo. Creemos que están especialmente capacitadas para identificar al agresor, y no: las víctimas lamenta-

blemente se equivocan, y a las instancias que deberían reconocer eso les cuesta hacerlo. Sus palabras, así nos duele, merecen verificarse. El contraste y la comprobación son los cortafuegos inventados por el Estado de Derecho para evitar ese tipo de errores. Sin embargo, cuando se trata de delitos graves y escabrosos, parece que esos mecanismos se ponen en suspensión porque se cree que estaríamos siendo demasiado duros al no conformarnos con que la víctima señale a alguien y que su relato sea coherente.

Es lo que Arcadi Espada decía, que el delito condiciona la reacción. Como hay un daño terrible que reparar, y esa reparación empieza por condenar a los culpables, cuanto más rápido sea, mejor.

En cierto modo, sí. El tipo de delito desaconseja entrar en detalles. De hecho, hay organismos e instituciones públicas que desaconsejan que se detalle en la prensa el relato de una violación, como si toda búsqueda de rigor fuese morbo. Ese cheque en blanco que se da a las víctimas, sin embargo, no se circunscribe a casos de violación. Hay un caso, por ejemplo, de un abogado coruñés que no sabía si hacerse la cirugía porque no dejaban de confundirlo. El problema de fondo es que cuando una víctima reconoce a alguien, está mejor visto meter a un inocente en la cárcel que dejar a un culpable en la calle. Lo determinante es esa cierta "sacralización" de la palabra de la víctima, y eso nos lleva y nos llevará a seguir cometiendo errores, por-

que una víctima lo es en momentos de estrés, de shock, de trauma, de nervios, de poca iluminación.

Ése es otro tema del libro: la no correspondencia que existe necesariamente entre la realidad de los hechos y la que se cuenta a través de las palabras. Porque el error partió de la confusión de las víctimas debido al parecido físico entre García Carbonell y Ahmed Tammouhi, pero hubo más errores.

El problema es que una vez que se levanta el acta de un hecho, todos los actores que a partir de ahí juzgan ese hecho sólo se basan en esa primera acta. A partir de éstase opina, se reflexiona, se juzga; desde luego, esto es más fácil que ir otra vez al lugar y recoger pruebas o preguntar a los testigos. Al final, esa acta acaba convirtiéndose en un “hecho” más consolidado que lo que en realidad sucedió.

Lo increíble es que el encuentro final con los hechos se deba a la presencia azarosa del guardia civil Reyes Benítez en dos momentos clave.

Sí, es un componente azaroso. Reyes Benítez estuvo en las dos detenciones y al ver a García Carbonell y, sobre todo, al ver que en los hechos ocurridos cuatro años después las víctimas volvían a identificar como culpables a los “moros” —como él dice— que seguían en la cárcel, dice: “¡Hostia!”. Reyes Benítez era el encargado de fotografía de su equipo, por eso siguió viendo durante cuatro años la cara de Tammouhi, pues, aunque estaba en la cárcel, era rutinario que se mostrara su foto en el álbum de delinquentes sexuales. De modo que sí, si no hubiese sido por el azar, aunque sobre todo por el trabajo que Reyes Benítez realizó por su cuenta, con el apoyo sólo de algunos de sus superiores, como el teniente Pizarro, esta historia quizá no existiría como tal.

Frente a estas actuaciones encomiables, hubo otras nefastas, como la del juez que alteró un acta con información extraída de casos previos, bajo la premisa de que “si así ocurrió en tal lugar, así también debió de haber ocurrido aquí”.

Lo que ocurrió en ese caso es que la víctima dijo que no se ratificaba en su identificación, que señalaba a uno simplemente

porque era el que más se parecía; luego, un mes después, el juez escribe que la víctima se ratifica en presencia del juez. O sea, era tal el convencimiento que tenía, que como el relato de la víctima no encajaba en el que él ya tenía en la cabeza, al final acabó modificando el relato de la víctima leyéndolo a su conveniencia.

Narrativamente hablando, es la adecuación de una persona de carne y hueso al personaje arquetípico de una novela.

Exacto. Es la diferencia entre lo *típico*, que incluye a arquetipos, y los *hechos*, que involucran a hombres y mujeres particulares que no corresponden a ningún guión ni tienen ninguna explicación razonable. Incluso Tammouhi y Mounib son procesados antes de que declaren; luego el abogado dice que al menos los podían haber escuchado, así que una vez que declaran, se dice que como no han dicho nada que no se hubiese previsto, el procesamiento sigue siendo pertinente. Se les procesa sin que el juez los haya escuchado.

Junto con Tote Henares, Manuel Borraz y Soledad Gomis, la revisión del caso fue pedida por SOS Racismo. ¿Hay indicios para pensar que hubo racismo?

Creo sinceramente que no. El propio Tammouhi dijo en TV3 que no creía que el ser marroquí hubiese influido. Sí influyó que los jueces y los periodistas quisieran acallar cuanto antes el llanto de las víctimas, y que nadie los ayudara a buscar pruebas. Ahora, ¿en qué lo perjudicó que fuese marroquí? En que si ahora mismo no habla bien español, en ese tiempo no lo hablaba casi nada; eso le hizo perder tiempo precioso. Por otra parte, SOS Racismo tuvo poca participación. A SOS Racismo la movió Tote Henares, que sí se implicó.

Mientras investigabas, ¿sentiste vergüenza ajena al leer a los periodistas que escribían relatos del tipo “esto ocurrió así” basados sólo en lo que decían los jueces?

A ver, aunque reivindicó por su trabajo y no escudarse en la rutina de la producción de noticias, creo que es más fácil criticar que hacerlo. Este libro no



Tammouhi y García Carbonell.

es sobre periodismo, y aunque pone sobre la mesa que hay serios problemas de verificación en lo que hacemos y que nos fiamos demasiado de lo que cuenta la policía, también sé que una vez que te pones a currar es muy difícil hacerle frente a eso. Es más fácil hacerlo en un libro con años por delante para investigar y sin necesidad de que te paguen la nómina a fin de mes que hacerlo día a día.

Cuando hay que poner el titular del día siguiente.

Claro, y sólo tienes dos opciones: reproducir la versión de la policía, o dudar y no salir con esa noticia, esperando tener tiempo para comprobar los hechos. Porque también, muchas veces, lo que cuenta la policía es verdad. Es el problema de cada día.

Ahora luces más prudente, pero en el libro dices de un conocido periodista que es alguien que “no distingue entre el estenotipista y su propio oficio”.

Eso está escrito, sí, pero yo no me refiero a él personalmente, sino a la función que le correspondía en ese momento. A ver, tienes al Ministro de Justicia enfrente, le preguntas sobre un caso y te conformas con lo que el Ministro dice, cuando tu propio periódico ha publicado desde hace tiempo el caso completo y cuando quien ha pedido el indulto no es el condenado sino el fiscal general. Entonces lo que yo digo es que la responsabilidad del periodista, en ese caso, está simplemente en hacer la repregunta, en estar informado para hacer la repregunta. Y bueno, a veces los periodistas no hacemos ni siquiera preguntas. —

— TOÑO ANGULO DANERI



Dos de los muchos Salinger.

IN MEMORIAM PARA JERRY, CON AMOR Y SORDIDEZ

Se llamaba Jerome David, pero los amigos íntimos le decían Jerry. Y yo me tomo la libertad y la confianza de decirle aquí Jerry porque –como millones– yo fui, soy y seguiré siendo amigo íntimo de J. D. Salinger. El tipo de amistad y de intimidad que sólo se llega a tener luego de treinta años de leerlo y releerlo. Y me gusta pensar que, de algún modo, Salinger sentía lo mismo pero multiplicado por millones y que, por eso, un día cerró la puerta, echó el candado, renunció al puesto de ser nuestro guardián entre el centeno y nos dejó a todos del lado de afuera pero equipados con cuatro inmensos pequeños libros para hacer frente a la tormenta.

Muchas gracias.

Y la cosa empieza así: yo estoy en casa, escribiendo con el televisor encendido pero con el volumen bajo y, de pronto, la pantalla del noticiero de la noche de Cuatro ofrece una foto de John Updike, luego otra de un cowboy de pie sobre un maizal o algo así. Intrigado, subo el volumen y entonces la foto esa del anciano con el puño en alto y

otra de ese mismo anciano cuando era joven y todavía sonreía suavemente a los fotógrafos. Ahí entiendo: alguien se equivocó con las dos primeras fotos y alguien acertó con las dos últimas y había sucedido lo que más temprano que tarde (91 años de edad son muchos años) tenía que suceder. Salinger había muerto y, con él, habían muerto los varios Salinger que llevaba dentro suyo. Porque puede decirse que hay varios Salinger adentro de Salinger. A saber: 1) Está el Salinger “para todos” (el de *El guardián entre el centeno*). 2) El Salinger para salingerianos frescos de taller literario (el de “Un día perfecto para el pez banana”). 3) El Salinger para salingerianos ya curtidos y que comprenden que ciertas cosas jamás se aprenderán en un taller literario (el del magistral y perfecto “Para Esmé, con amor y sordidez”). 4) El Salinger para salingerianos casi *new age* (los que llegan por casualidad a *Franny* y *Zooey*). 5) Y, por último, y definitivamente, el Salinger para Salinger (el autista/solipsista del inasible *Seymour: una introducción*, que funciona en perfecto tándem entre tapas y cubiertas con el –sólo en apariencia– más sencillo y ligero *Levantad, carpinteros, la viga del tejado*, proponiendo una suerte de credo/manual de instrucciones cerrando con la ya célebre línea: “Ahora vete a la cama. Rápido. Rápido y lentamente”).

Su último largo relato publicado el 19 de julio de 1965 en *The New Yorker* –las 25.000 palabras que componen el monólogo epistolar de “Hapworth 16, 1924”– no hacen más que profundizar en el síntoma de alguien que, evidentemente, se encerró dentro para poder estar afuera de todas las cosas y, se supone, hacer lo suyo a su manera. (En *Seymour: una introducción*, un fragmento de una carta del hermano mayor muerto al ermitaño hermano menor alecciona: “¿Desde cuándo escribir es tu profesión? Nunca fue otra cosa que tu religión. Nunca. Estoy un poco sobreexcitado”).

Todo esto –y mucho más, aquí tengo un *file* que contiene todo lo otro que publicó en revista y decidió no ree-

ditar en libro, incluyendo los magníficos “The Varioni Brothers” y “The Inverted Forest”– en lo que hace a lo literario, a la obra, a un Yin y Yang que se apoya en dos figuras arquetípicas y paradigmáticas: 1) Holden Caulfield: el adolescente expulsado de su colegio y vagando por Manhattan quien dice querer matar a todos los “falsos”. Y 2) San Seymour Glass: un recién casado “yendo de un pedazo de Tierra Santa a otro” como una “especie de paranoico al revés. Sospecho que la gente conspira para hacerme feliz”, que acaba suicidándose en un hotel de playa durante su luna de miel y deslumbra y encandila a sus hermanos sobrevivientes con su luz de inmortal estrella muerta.

Matar a oscuras o matarse iluminado. De eso se trata, parece. Y así, desde entonces y para siempre, florece una religión de lectores que sólo desean seguir leyendo a Salinger y de lectores que sólo desean escribir como Salinger y de escritores que sólo desean escribir cómo Salinger para poder tener el tipo de lectores fieles que tiene Salinger. No sé cuántos de ellos sueñan con desaparecer como desaparece, sólo en apariencia, uno de esos sueños que nunca desaparecen del todo, porque jamás se los olvida y cada vez se los cuenta y se los lee mejor.

En lo que se refiere a la vida, también hubo muchos, acaso demasiados Salinger. Y es ahí y aquí –su vívido fantasma lleva años recorriendo el planeta– donde el asunto se pone un poco sórdido. Rumores de pederastia, ingestión de la propia orina para alcanzar la inmortalidad, bestiales dietas homeopáticas macrobióticas, depresiones y esas fotos iracundas que le tomaban, de tanto en tanto, a la salida de un supermercado. Y –el que esté libre de pecado...– hemos sabido y consumido todo eso con desesperación de adictos con síndrome de abstinencia que se conforman con cualquier sucedáneo. Ya sea una biografía castrada en los tribunales por Salinger (la de Ian Hamilton; donde leí por primera vez aquello de que había descollado como interrogador de oficiales nazis

prisioneros), otra biografía tan fallida y tonta que parece no haber preocupado mucho al monstruo (la de Paul Alexander; donde se habla de sus llamadas telefónicas nocturnas a chicas protagonistas de series televisivas durante los años ochenta), las furibundas diatribas de ex novia (la malvada más que mala *memoir* de Joyce Maynard, seducida y abandonada) y de ex hija (los traumatizados recuerdos de los métodos educativos de un papá-freak a cargo de Margaret A. Salinger), películas con pseudosalingers con el rostro de James Earl Jones o Sean Connery (y hasta “una de Mel Gibson” con candidatos manchurianos que se activaban al leer las peripecias de Holden Caulfield); un ensayo de Ron Rosenbaum que fue nota de portada de *Esquire*, un más que interesante volumen colectivo –*With Love and Squalor*– donde varios discípulos del aquí y ahora alaban y reprochan y se preguntan qué pasó y por qué. Y, sí, alguien mató a un beatle en su nombre y no hace mucho, un gracioso publicó una continuación decrepita y anciana de *El guardián entre el centeno*. Y comienzan a flotar fotos desconocidas hacia la superficie. Y se anuncia un revelador documental. Esto es parte del todo de la nada. Su influencia, sin embargo, está en todas partes: en toda novela con adolescente disfuncional, en las familias entrópicas de *Las vírgenes suicidas* de Jeffrey Eugenides y de *El Hotel New Hampshire* de John Irving y de *Norwegian Wood* de Haruki Murakami y en los divinos aforismos de *La vida después de Dios* de Douglas Coupland (que Salinger nunca firmaría, pero que tal vez sí un Seymour Glass adolescente); en las canciones de Eels y de Belle and Sebastian y de Elliott Smith; en las películas de Wes Anderson; y en las risas y satoris que provoca el personaje de Phoebe en la serie *Friends*.

Y no hay momento en que no se fantasee con que tal vez mañana vaya a salir un nuevo libro de Salinger. O varios. A ver qué pasa... Mientras tanto y hasta entonces –su agente, al informar de su fallecimiento, apuntó: “Salinger dijo que estaba en este mundo pero no perte-

neía a él”; nada dijo de manuscritos en cajas fuertes– la consoladora felicidad de sus reediciones funcionando como, sí, evangélicas buenas nuevas. Algo así como la nostalgia siempre presente por un lugar en el que nunca se estuvo, pero que se cree conocer a la perfección a partir de lo que se leyó y de lo que gustaría seguir leyendo. Porque se puede pensar que Salinger abandonó nuestra infernal tierra; pero también es posible que haya sido él quien, hace tanto tiempo, nos expulsó de su paraíso.

Atención: Salinger es un escritor virósico y con alta potencia de contagio. Un escritor que contamina y que hay que saber manejar con precaución: su disfrute y estudio es benéfico hasta cierto punto. Superado este límite invisible (pero que está ahí, que existe) se corre el riesgo de quedar atrapado entre sus redes. Y tal vez lo más importante: Salinger tiene que ver más con el lector que con el escritor. Salinger enseña más a leer que a escribir y tal vez por eso, para muchos, Salinger es un autor “menor”. Su literatura existe más en función de sus seguidores que de sus renuentes colegas; de la necesidad de producir determinados efectos en los lectores; de “atacar” iluminando. De ahí, también, que Salinger –*bestseller* desde hace décadas a la vez que clásico moderno– incomode tanto en un planeta de fugacidades y de adultos que consuelan su desconcierto acusándolo de “juvenil” o “enamorado de sus personajes”, procurando olvidar que ellos quisieron ser como Salinger y los Glass cuando eran jóvenes. Sí, Salinger es y seguirá siendo, de algún modo, la juventud, el futuro todavía más amplio que el pasado, las múltiples posibilidades. Y la juventud pasa (Salinger es un escritor que nos recuerda demasiadas cosas de nosotros mismos; su relectura en ocasiones perturba no por quién es él sino por quiénes fuimos nosotros), los sueños no se cumplen, y se sigue leyendo a Salinger. Así es mucho más fácil referirse a él como una “etapa superada” cuando, en realidad, es siempre el pasado –o Salinger– el que nos supera.

Y otra vez, lo del principio, lo de

su final: yo estoy viendo el noticiero de Cuatro. La noticia dura poco, un suspiro, y todo vuelve a la “normalidad” enseguida. Pero causó mucha gracia y cierto regocijo, en medio de la tristeza, el que J. D. Salinger haya elegido para morir el mismo día en que los periódicos y los consumidores compulsivos del mundo y los electrocutados del universo no hacían otra cosa más que hablar y leer sobre las maravillas y utilidades del iPad. Así, Salinger murió y –al menos por un rato– volvimos al fondo por encima de la forma, a la sustancia por encima del envase, a la sangre por encima del plasma, al genio por encima del ingenio y al creador por encima de la criatura. Después volvimos al codazo de Cristiano Ronaldo repetido una y otra vez desde diversos ángulos en plan magnicidio de JFK. Y mi pequeño hijo (tal vez somatizando mi tristeza) se puso a vomitar sin pausa y comenzó a sonar el teléfono pidiendo opiniones sobre el guardián que nos acaba de dejar solos entre el centeno y lo desenchufé y me fui a dormir y me desperté a las tres de la mañana –comencé a ordenar estas ideas viejas, ideas en formato micro-mix, “este modesto ramillete de paréntesis tempranamente florecidos: ((()))”– y entonces encontré la respuesta, después de tantos años de preguntarme acerca de ese epígrafe/koan zen justo antes de que amanezca y se oiga el disparo de largada de “Un día perfecto para el pez banana”. Recuerden: ¿cuál es el sonido que hace una sola mano a la aplaudir? Acabo de escucharlo, de comprenderlo: el sonido que hace una sola mano al aplaudir es el sonido imperceptible pero atronador que hacemos y oímos al leer. Me explico: con una mano sostenemos el libro y con la otra aplaudimos.

Aplausos, gracias por todo, Jerry. Y descansa en paz en este mundo, en el nuestro, en el tuyo.

Óiganlo –léanlo– sonar.

P. S.: En cuanto a dónde van los patos del Central Park en invierno, me temo que sigo sin tener la más remota idea al respecto. –

– RODRIGO FRESÁN

CHILE

UNA ENTREGA
CONDICIONAL

La otra noche soñé con Frei. Su imagen callada no entró a mi subconsciente sin ayuda: me acosté pensando en cómo empezar este artículo cuando, de repente, me vi caminando con el ex candidato de la Concertación por la calle Puente al llegar al Mercado Central, en el lado más oculto del centro de Santiago. De pronto, sin que nadie me agrediera, sentí que me acababan de robar la billetera. Estaba de pronto en el medio del paseo peatonal desnudo, sin carné de identidad, ni tarjeta de crédito o débito.

Recuerdo que ante todo y sobre todo me sentí agotado y rabioso, sin saber cómo empezar los infinitos trámites que me pudieran volver a convertir en ciudadano. Esa sensación de desprotección cansada que me queda de ese sueño es lo que mejor explica lo que sentimos los que en Chile, con más resignación que entusiasmo, votamos por Eduardo Frei Ruiz Tagle en las últimas elecciones presidenciales. Perdimos por unos puntos en un cambio histórico que le permite a la derecha volver democráticamente al poder después de cincuenta años sin lograrlo. Nos quedamos después de la derrota, los concertacionistas, con una sensación de indefensión que más de algo tiene que ver con la dictadura en que muchos fuimos criados. Educados de adolescentes en la sensación de que en todos los edificios públicos se alojaba un enemigo acechante pronto a devorarnos. Madurando luego en la sensación contraria, de que el Estado, o el gobierno, era nuestra única defensa ante la omnipotencia y arrogancia del poder económico y mediático en manos de una derecha generalmente Opus Dei y completamente nostálgica del régimen militar. Sintiendo todos en Chile que era justo, de alguna forma, que administraran el Estado los que habían sido perseguidos por él, que era lógico que los que habían perdido hijos y maridos en las refriegas fuesen al

menos dueños de los símbolos patrios. Sabiendo por otro lado los empresarios y sus políticos que la mejor manera de mantener en pie el sistema de mercado extremadamente abierto que caracteriza a Chile era dejando que lo administraran sus potenciales críticos.

Así, esta fue una elección que tuvo más de semiótica que de economía, más de mito que de datos. El recién aclarado asesinato del ex presidente Eduardo Frei Montalva en manos de unos agentes de seguridad de Pinochet, o el recién inaugurado Museo de la Memoria, que cuenta la tortura y muerte de miles de chilenos en la dictadura, fueron otras tantas armas arrojadas de esta campaña. Como nunca en la historia de las elecciones en un país en que las ediciones de libros superan pocas veces los dos mil ejemplares, los nombres de Jorge Edwards o Mario Vargas Llosa (alojado en la casa del candidato Piñera en plena campaña) pesaron más que cualquier cifra. La cultura, básicamente alineada por historia y memoria a la centroizquierda, se transformó en un campo de batalla sólo porque era la puerta de otro territorio por conquistar, el de la legitimidad simbólica de la derecha. Su derecho a contar la historia, en un país en que en una encuesta realizada entre docentes Salvador Allende fue elegido como el más grande chileno de la historia.

Con esta elección se ha roto entonces un equilibrio simbólico, lleno de culpas y equívocos, que ha permitido los años de mayor calma y desarrollo de toda la historia chilena. Si la Concertación hubiese hecho primarias abiertas, elegido un candidato atractivo o agrupado sus fuerzas, o si el gobierno se hubiese decidido a gastar algo de su capital político en ordenar y dar coherencia a su coalición, quizás la historia sería distinta, se comenta en todos los pasillos del mundo político y periodístico chileno. ¿Pero podían evitarse esos errores? ¿No son cada una de esas equivocaciones una forma de convicción? ¿No sentían hasta lo más íntimo los que llevaban veinte años gobernando que no tenían ya la fuerza ni las ganas



Sebastián Piñera, pequeño gran cambio en Chile.

de seguir haciéndolo? ¿No explican esas ganas profundas de ser derrotados la ambigüedad con que posibles candidatos ganadores como Ricardo Lagos Escobar o José Miguel Insulza terminaron por rechazar su postulación?

Más que la victoria de una coalición y su proyecto de país, esta elección es el fin de un pacto íntimo entre los chilenos y la dirigencia política de su centroizquierda. En un país donde la derecha tiene aún ideología y centros de estudios que alimentan de ideas siempre frescas a sus parlamentarios, esas ideas de derecha brillaron en esta campaña por su ausencia. El candidato de la derecha Sebastián Piñera subrayó al mismo tiempo que era el candidato del cambio y que no cambiaría nada esencial. En un país que le prodiga a su presidenta Michelle Bachelet más de un ochenta por ciento de popularidad, otra cosa era imposible. Piñera se cuidó como pocos candidatos en el mundo de no ofrecer casi nada. Frei se cuidó de ofrecer aún menos. La campaña de este último se resumía en repetir a quien quisiera oírlo que él y Piñera no eran lo mismo. Pero su edad, su condición social, la amistad de sus padres, su neoliberalismo, más moderado en Frei aunque tampoco desatado en Piñera, venía a negar esta supuesta diferencia. Los dos, Frei y Piñera, hijos de esa pequeña élite demócrata cristiana que la derecha verdadera, y la izquierda de siempre, aprendieron a detestar. Los dos, políticos gerenciales, sin ideas ni vuelo alguno. Empresarios, cuando era peligroso dedicarse a la política, y políticos cuando la política era sólo ganancias,

la mayor diferencia entre ambos, además de sus equipos de gobierno, reside en su patrimonio. Cuatro millones de dólares en el caso de Frei, que dejó los negocios cuando se hizo presidente, para no volver a ellos nunca más. Más de quinientos millones de la misma moneda americana en el caso de Piñera, que salió del Senado dos veces más rico de lo que entró. Piñera que aún, presidente electo y todo, no se deshace del todo de sus cuantiosas inversiones en los más diversos campos (televisión, fútbol, aerolíneas y un largo etcétera).

¿Por qué entonces ganó Piñera? ¿Por qué lo hizo en un país que adora a su presidenta de centro izquierda y pide en las encuestas más Estado y más protección social?

Un pequeño cuento de hadas sacado de la realidad podría ilustrar algo al respecto: Érase una vez un cientista político chileno que siempre votó por la Concertación. Un día cualquiera, al comienzo de la segunda vuelta presidencial, el cientista político le escribe un mail al candidato de la Alianza, la coalición de derecha. Le dice en *spanlish* (el cientista político ha vivido buena parte de su vida en Estados Unidos) que lo ha pensado bien y que piensa votar por él y anunciarlo en el diario en una semana más. Pone a continuación sus condiciones: que nadie del régimen militar esté en las primeras líneas de su posible gobierno y que su gabinete no se parezca al club de Cachagua, una playa exclusiva donde veranea el candidato. Por último muestra su preocupación por las empresas de las que el candidato aún no se deshace. El candidato le responde telegráficamente que no tiene nada de que preocuparse. El cientista político, aliviado, sigue con la anunciada estrategia y en una columna se presenta como indeciso aún por convencer. El director del diario en que escribe lo llama entonces indignado a su oficina mientras este esperaba la última semana de la campaña para pronunciarse. El diario de la competencia acaba de imprimir parte del diálogo por mail con el candidato, filtrado por el mismo candidato o unos cercanos. El cientista político, puesto al descubierto, publica

el resto del intercambio anunciando que seguirá, a pesar de la visible traición a su confianza e intimidación, votando por el candidato de la derecha si respeta las condiciones impuestas en el mail. Condiciones que una a una el candidato irá relativizando en las semanas que siguen sin que el cientista político cambie su voto.

¿Cómo podría cambiarlo? Esos mails son la muestra visible de una virginidad rota. Las ganas de votar por el candidato que demostró más ambición, más energía, más color, el único que no culpabiliza el dinero, ni el del cientista político ni el de tantos más que dejaron en veinte años la pobreza, viajaron por primera vez fuera de la fronteras y tuvieron casas y autos. Esos mails son el himen sangrante pero feliz de una democracia que se siente madura porque por primera vez en treinta años cambia de color político sin que haya una dictadura de por medio.

Pero ¿por qué entonces las condiciones? ¿Por qué someter a tu candidato a esa prueba final? El cientista político no espera, de seguro, que el candidato cumpla con esos compromisos (que es como pedirle a un buey que vuele como una águila) sino que deja escrito sus escrúpulos para poder volver a ellos si es que todo se echa a perder. Entrega sus condiciones sin esperar que el candidato las respete, pero sintiendo que no se respetaría a sí mismo si no condicionara de entrada su afecto.

Esas condiciones, esas dudas, son de alguna forma un último intento de fidelidad con la Concertación, un saludo a una bandera ya completamente desgarrada de una centroizquierda demasiado exitosa como para seguir en el poder. El cientista político, como muchos de los pocos que cambiaron de coalición en esta elección, votó (como lo hizo también el que esto escribe) por Marco Enríquez-Ominami en la primera vuelta, el joven candidato expulsado de la Concertación que representó de manera más patente, dolorosamente patente para muchos, las transformaciones que ha vivido Chile en estos veinte años y lo poco que comprende de la Concertación esos cambios.

Hijo de un mártir de la ultraizquierda, mirado con desconfianza por esta por haber tomado el apellido de su padre adoptivo, el socialista Carlos Ominami, Marco ha estado desde siempre en medio de esa frontera que acaba de correr sus límites. Educado en Francia, diputado socialista, crítico mordaz de Ricardo Lagos y su política proempresarial, asociado a Max Marambio, hombre de confianza de Fidel, su programa claramente socialdemócrata contemplaba sin embargo la privatización parcial de Codelco (la empresa estatal del cobre) y atrajo en un primer momento a algunos jóvenes economistas de derecha.

Impredecible, joven, frívolo y profundo, Marco encarnaba, para bien o para mal, todos estos años de transformación. Representaba para Chile una desvirgada suave que no fue posible. Encarnaba aún los símbolos de la izquierda, su patrimonio sobre la historia, pero de un modo más joven, más enérgico, sin miedo a la empresa —el candidato recalcó muchas veces su condición de pequeño empresario—, más desinhibidamente competitivo, desenfadado y “farandulero” (su esposa es una famosa presentadora de televisión). La memoria de los muertos, la ambición de los vivos, el color y la orfandad, el mundo de los disléxicos y los raros a los que contra todo pronóstico les ha ido demasiado bien.

El electorado chileno, ideológicamente confuso, es más orgulloso de lo que cree. Un electorado que quisiera aún, en un recoveco de sí mismo, creer en algún sueño colectivo pero que en el fondo también quisiera sin pudor declarar su éxito, sus propiedades, su dinero. Un electorado en dilema, aún atado al pudor de sus padres, aún agradecido de lo que la Concertación hizo por ellos, pero que se sintió de alguna forma obligado a votar por el cambio más alegre, más vivaz, menos complicado que le proponía Piñera. Un par de miles de votos que hasta el final intentó plantear sus dudas no en torno a los símbolos, en torno a la historia, pero que terminaron por rendirse al vértigo del presente. —

— RAFAEL GUMUCIO

URUGUAY

OTROS ÁMBITOS, OTRAS VOCES

Medio siglo atrás corría la versión de que el Uruguay, país de mayoritaria conformación europea y de legislación social generosa, estaba de espaldas a América Latina. Se trataba de una anomalía que era necesario remediar de inmediato. El Uruguay tendría que parecerse, digamos, a Honduras. El 29 de noviembre de 2009 en el Uruguay se llevaron a cabo unas elecciones pacíficas de cuyos resultados saldría electo presidente José Mujica, un ex guerrillero del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN) que hizo su aparición formal en agosto de 1965. Coincidentemente, en Honduras también se realizaron elecciones; lo hicieron en un clima tenebroso. Había allí un presidente, o ex presidente, que hizo de la embajada de Brasil su plaza fuerte, y otro presidente de facto, y los resultados, cuya legalidad tanto fomentó el desconcierto entre los países de la región, y hasta en Estados Unidos, dieron ganador a Porfirio Lobo, un empresario exitoso que así se imponía a Manuel Zelaya, un terrateniente venido a menos.

Ese 29 de noviembre, en unas declaraciones formuladas a la hora de votar, el presidente del Uruguay, Tabaré Vázquez, hizo una alusión indirecta a estas diferencias entre uno y otro país, enorgullecándose de la conducta cívica de sus nacionales. Hay un punto que se le escapó a Vázquez: en estos campos donde se ejerce lo político, es Honduras la que aspiraba a semejarse al Uruguay, y no al revés, como tanto se voceaba hace cincuenta años. Porque si alguna intención podía leerse en el ánimo que transmitían los hondureños de a pie era que deseaban sustituir las opacidades de los intereses creados por un régimen más transparentemente democrático. El intento de superar la crisis por medio de un acto electoral—a pesar de que estuviera muy condicionado—era una prueba de ello. Y algo más, que corona estas



José Mujica, en busca de una ideología.

reflexiones: que Mujica, el ex guerrillero, sea electo presidente a la cabeza de una formación de grupos de izquierda, cuyo actual gobierno queda refrendado, representa, sin duda, una victoria de la democracia y habla de hasta qué punto esta manda y determina en las fechas que corren. Este extremo debe resaltarse porque demuestra de qué manera los enemigos de antaño son conversos de hoy en su trato con la democracia. La deducción es evidente: en América Latina, en medio de mucho mito que se derrumba, o se pretende derrumbar, el único mito triunfante es el de la democracia—precítese con cierta urgencia perentoria: aun cuando la intención sea derrumbarla. Aquella democracia “burguesa” y “formal”, tan aburrida para cierta intrépida mentalidad intelectual que emergía en los sesenta del siglo pasado, es reivindicada (para acatarla, para celebrarla, para instrumentalizarla, para regenerarla, para retorcerla: pónganse los propósitos que se quiera) por sus antiguos oponentes. ¿Es una victoria verdadera o es una victoria pírrica? Dando un paso más, podría hasta decirse que, en términos generales, se ha transitado de una política de la desesperación (del resentimiento y de la ira) a una política de sosegado pragmatismo (de moderación y realismo). ¿La democracia como superación del latinoamericanismo? ¿La democracia como *ultima ratio*? (Escritas estas líneas, una reciente medición de la ONG chilena Latinobarómetro informa que el índice de valoración positiva

de la democracia en el continente ha aumentado de forma considerable en los últimos tiempos.)

Desde el punto de vista de la evolución de las ideas, entendidas estas como expresiones de un ser y un parecer que tienden a encarnarse, el triunfo de José Mujica presumiblemente habrá hecho que José Enrique Rodó se revolviere en su tumba. Recuérdese que, en su *Ariel*, él manifiesta un temor casi supersticioso hacia el progresivo ingreso del gran aluvión de inmigrantes—un aluvión hecho de gente pobre, ignorante—al sistema democrático vigente entonces, que podría distorsionarse más y más con la incidencia de unos recién llegados potencialmente revoltosos y demandantes. Recuérdese, también, que él fue un político liberal que por ello mismo militó en el liberal Partido Colorado y que a la vez fue, dentro de esa formación, un político antibatllista que miraba con cierto horror tanto al pueblo raso como censuraba a los líderes abiertos a la entera comunidad social que pretendían dirigirlo (como era el caso, precisamente, de José Batlle y Ordóñez). Y recuérdese, por último, que si una piedra de toque resonaba en su discurso era la defensa de una circunscripta racionalidad espiritualista que huía de la barbarie campesina y aluvional como de una peste y que en cambio abogaba por la expresión de una ciudadanía asentada en las ciudades ilustradas. Más: en su programa Rodó anteponía la elevada estética de lo bello como razón necesaria y suficien-

te que se erguía contra el ataque de lo plebeyo, entendido, sí, en su vertiente norteamericana, como una degradación materialista, pero también entendido, en su vertiente latinoamericana, como síntoma de una incuria a la que había que contener.

Importa señalar que el voto mayoritario (el 52% del total) al gobierno se alcanzó no en la primera sino en la segunda vuelta electoral, lo que no dejó de entenderse como un llamado de atención para el oficialismo, que además perdió dos batallas de esas que se denominan “históricas”: por la vía refrendaria, la que postulaba anular la Ley de Caducidad y la que promovía el voto electoral de los residentes en el exterior. Dos muestras de los peligros de la democracia con adjetivos —en el caso, de la democracia plebiscitaria. Si en 2004 la elección de Vázquez respondió al hallazgo de una figura que, como la suya, fue capaz de encontrar un equilibrio entre los sectores políticos diferentes de una coalición y los segmentos sociales que la apoyaban, aglutinándolos bajo su autoridad, y de situarse en un centro equidistante de los extremos, en esta ocasión la elección de Mujica parece haberse asentado en un principio similar pero más ladeado, al menos en la verba de los dichos, hacia lo que suele considerarse una izquierda pura y dura. Pero un dato corrige esa impresión: el compañero de fórmula de Mujica, Danilo Astori, ex ministro de Economía de clara línea ortodoxa, es una figura tan cercana a Vázquez y a lo que este representa en el espectro de la izquierda que incluso se intentó —dedazo mediante— que él fuera el candidato presidencial oficial. Por otro lado, y como dato complementario, la oposición mayoritaria, en manos del Partido Blanco o Nacional, con el ex presidente Luis Alberto Lacalle como candidato, expuso un rasgo antipático que nada ayudó a crear una corriente de opinión a su favor: su tendencia a volverse con facilidad una colectividad “clasista”, representante presuntuosa de los estamentos más privilegiados. No fue casualidad que entre el caudal populista del oficialismo y la actitud a menudo

altiva de esta oposición asomara un indeterminado estruendo de fanatismos de clases enfrentados.

En este panorama destaca un rasgo singular: el acceso del país a un principio social más integrador. Nuevo, en efecto, mito triunfante, la democracia parece atraer hacia sus aguas a unos ciudadanos que peticionan cada vez más activamente una política de añadidos. Esta integración que se difunde es la que sirve de partición de aguas entre la idea rodoniana de una democracia de los límites, más recortada que ampliada, y una democracia que crece desde el punto de vista sociológico. Algo así como si la democracia que ahora se valora, amén de profundizar en el sufragio universal como condición insoslayable, buscara conformar un compromiso entre el liberalismo expansivo y la igualdad de oportunidades, a lo que se sumaría una necesidad diríase que funcional de conciliar la justicia social y la eficacia programática. Este *aggiornamento* democrático porta consigo una novedad: se encamina a condesar, sobrepasándolas y ayuntándolas, al conjunto de las aspiraciones que antes se depositaban en las ideologías.

Las ideologías como sóliticas visiones del mundo parecen llamadas a retiro. ¿Acaso no se nos repite, a cada vuelta de esquina, que ya no hay diferencias entre las izquierdas y las derechas? A la hora de votar se vota efectivamente por la derecha o por la izquierda y, según un consenso no escrito, se gobierna por el centro intentando no perder por completo, en un trámite tan ambiguo, las propias señas de identidad. En el Uruguay la izquierda es la que mayor beneficio ha obtenido de estos desplazamientos sociológicos al haber hecho suya la prosa socialdemócrata que es, al menos hasta ahora, la cláusula angular del contrato social nacional. Por ejemplo: Mujica, ex guerrillero tupamaro (una categoría que para algunos jóvenes sin memoria de los años de plomo puede incluir una dosis de brillo épico), pertenece a esa clase de izquierda que, desde el desfondamiento de la crasa ideología socialista, está a la búsqueda de una identidad realmente

rectora, que actúa como si los cambios constituyeran ya un patrimonio común sobre el que no vale la pena levantar acta pública fidedigna ni, de modo más decisivo, un patrimonio que implique, como lo hace, una condena *a posteriori* de muchos de los viejos dogmas, pero que apunta ahora, ya electo presidente, a transitar los caminos de un reformismo y de una ortodoxia económica de los que Astori, su compañero de fórmula, es tenido como un referente.

Conviene decirlo con todas las letras: Mujica, siguiendo esta estela de comportamiento en gran medida dictado por la fuerza inexorable que grava la realidad de lo real, se ha desentendido de su pasado y se ha reconvertido al pragmatismo, y más: se ha sumado a la legalidad democrática y ha trabajado por ella. ¿Será que nada hay que temer del político Mujica aunque sí del hombre que alguna vez fue Mujica? Él representa el caso típico de una transferencia del prestigio de las ideologías al prestigio de un personalismo de tintes caudillescos. Representa, también, un liderazgo —el suyo propio— que ha demostrado ser inmune al cuestionamiento crítico y que, al no provenir de la tradición liberal inhibidora, tiene menos escrúpulos a la hora de cruzar algunas rayas o traspasar ciertos límites. Más: representa —o representó a lo largo de la puesta en escena que fue la campaña electoral— a una figura que deliberadamente disuelve cualquier distinción (de talento, de experiencia, de capacidad intelectual) entre gobernados y gobernantes. En este sentido, su insistencia en un estilo coloquial y voluntariosamente arrabalero, vecino de lo errático y de la imprecisión, en el que aquí se afirma algo y a renglón seguido se lo niega sin reparar en las incongruencias, fue más que otra cosa la manifestación de una humildad egoísta amparada en la certeza de que tal forma de ser él mismo y sus contradicciones era una suprema forma de ser. Desde esa postura excitó en las bases del electorado la fe de una religión. Lo llamativo es que tantos uruguayos, criados en el laicismo reseco, se hayan identificado con esa estrategia proselitista y se sintieran

reflejados en ella. Así, no sorprende, por ejemplo, que, en un país que ha tenido desde siempre al Estado como fuente de cambios y como motor que dinamiza, la incertidumbre acerca de algunos posibles comportamientos futuros de Mujica constituya un motivo de inquietud. No debe olvidarse que el actual gobierno contó para el empuje de su gestión con una bonanza económica propiciada por una coyuntura internacional favorable a las exportaciones domésticas.

Volvamos a Rodó. Tal vez se recuerde que, en unas páginas sobre Rubén Darío, advierte que lo que vuelve grande al nicaragüense es su prescindencia del color local americano. Lo que Rodó quiere resaltar es que Darío apostó por ser un poeta universal y no meramente americano, un poeta capaz de poner en marcha una verdadera revolución estética y ética que rompiera las fronteras nacionales y se alimentara del ancho mundo. Pues bien: el tono (¿la intención?) dominante en la campaña de Mujica mucho desalentó, en sus vertientes culturales, aquella saludable aspiración ecuménica elogiada por Rodó para apoyarse, por el contrario, en las expresiones más estrechas de una cultura no de la pobreza sino del pobrerío, una cultura volcada a la manifestación vulgar y al descrédito de las jerarquías. Para mucho resumir: no una cultura popular sino populista o, peor, populachera. Una urgencia de folclor cundió como retumbo de tambores. Y esto lleva a otra cuestión de raíces rodonianas que también parece en trance de transmutación. La de Rodó era, como lo mandaban sus tiempos, una democracia de vibraciones espirituales y armonías sensibles asentada en unas clases medias que de modo progresivo se expandirían y se instruirían. La “Suiza de América”. Una verdadera arquitectura cultural. La misma arquitectura, por cierto, que *mutatis mutandis* alentaba en el vasconceliano “por mi raza hablará el espíritu” y el “ordem e progresso” de la enseña brasileña. Los cambios sociológicos que se han ido sucediendo, y que tanto han modificado el paisaje político, advierten que ha ocurrido una implosión de ese modelo clásico. Otros ámbitos,

otras voces. Clases medias, sí, pero sobre todo clases medias bajas, marginalidad, pobreza, pueblo duro y puro, fundaron el triunfo electoral uruguayo. Sectores sociales, por cierto, que no se tienen por representativos de una cultura entendida en un sentido de dogmática luminosa pero sectores (el Latinobarómetro arriba mencionado así lo comprueba) ahora decididamente comprometidos con la democracia. Que tal compromiso sea estimulado por la acaso transitoria prosperidad económica actual no es para nada un demérito; es, en números redondos, un mérito. Ante ello, la gran pregunta es una sola: ¿qué clase de democracia —de democracia triunfante— es la que se desea construir de aquí en más? Puesto en otros términos: ¿cuál será la calidad —su tono, su andadura, su huella— de tal democracia? —

— DANUBIO TORRES FIERRO

VENEZUELA LA REVOLUCIÓN EVAPORADA

La escena transcurre de la siguiente manera: en uno de sus programas dominicales, en el centro de Caracas, el presidente Chávez, acostumbrado ya a gobernar desde la televisión, de pronto decide (o parece decidir, o simplemente finge tomar la decisión ahí mismo, de forma repentina) expropiar cuatro edificios que rodean la plaza Bolívar de la ciudad. Al grito de “¡Exprópiese!”, Chávez ordenó la confiscación de los inmuebles, argumentando que “no es posible que estos edificios, con tanta historia, con tanto legado de nuestros próceres, estén ocupados por comerciantes. Esto es de todos los venezolanos”.

Se trata de un sketch bastante clásico dentro de la programación de este canal que pretende convertirse en el hilo retórico del país. A cuenta de la “revolución bolivariana” se establece un procedimiento que, de manera constante, convierte el pensamiento más cándido y estereotipado del humanismo en sím-

bolo de una nueva nacionalidad. El llamado “socialismo del siglo XXI” pretende trabucarse en una versión rousseauiana de nuestra historia: el hombre es bueno pero el mercado lo corrompe. El discurso oficial está plagado de este tipo de giros, frases redondas, sonoras, latinoamericanamente correctas, que apelan al cliché, al moralismo fácil, y que no soportan un mínimo debate crítico. Ése es otro de los éxitos del chavismo: transformar el lugar común en una ideología.

A comienzos de este año, ante el parlamento, en un acto de presentación de la memoria y cuenta de su gestión durante 2009, Chávez, con cierta teatralidad, dijo: “Por primera vez lo admito: asumo el marxismo [...] lo asumo y lo asumo, y yo cuando asumo, asumo. Asumo el marxismo. Lo asumo.” Y luego, además, añadió: “Como asumo el cristianismo, como asumo el bolivarianismo, el martianismo, y el sandinismo, y el sucristismo y el mirandismo.” Un poco más tarde reconoció que no conocía demasiado las teorías de Marx, que apenas un mes antes había comenzado a leer por primera vez *El capital*. Sin embargo, esto no impidió que afirmara que “el marxismo sin duda que es la teoría más avanzada en la interpretación, en primer lugar científica de la historia, de la realidad concreta de los pueblos, y luego el marxismo es sin duda la más avanzada propuesta hacia el mundo que Cristo vino a anunciar hace más de dos mil años: el reino de Dios aquí en la Tierra, el reino de la igualdad, el reino de la paz, del amor, el reino humano.”

Pero todo este amasijo, pintado de izquierda, le está permitiendo a Chávez, y a la nueva élite que crece a su alrededor, consolidar un proyecto de poder que busca controlar de manera absoluta la sociedad venezolana. Poco a poco, pero de forma constante, el gobierno ha venido desmontando la institucionalidad del país. Es programa que cada vez se clarifica más y parece más decidido a realizar un *remake* del libreto cubano. Lo que Castro logró, con represión brutal y censura, hace más de cincuenta años, lo intenta hacer ahora Chávez, amparado en la riqueza petrolera, en su carisma



Hugo Chávez, después de leer a Marx.

mediático y en la debilidad de sus adversarios. Los métodos se han sofisticado, los sistemas de legitimación se han vuelto más flexibles y más confusos. Pero la voluntad, autoritaria y militarista, es idéntica. Está intacta.

A comienzos de febrero de este año, y aun en contra de los sondeos de opinión que sostienen que la mayoría de los venezolanos quiere que haya diálogo, el presidente Chávez afirmó que no hay “reconciliación” posible con la “oposición”. Le ha propuesto al país una batalla final “contra el capitalismo” y a favor de la “independencia”. El destino divino de la historia dicta que Chávez está señalado para terminar con la faena que inició Simón Bolívar: superar definitivamente “la lucha de clases”. El comunismo parece ser nuestro bicentenario.

Desde esta perspectiva habría que leer los movimientos que ha venido haciendo el oficialismo en este comienzo de 2010. El parlamento aprobó una reforma parcial de la Ley Especial de Acceso a las Personas de los Bienes y Servicios (Indepabis) que le da la posibilidad al gobierno de realizar expropiaciones *express*, y lo faculta para intervenir de inmediato cualquier empresa privada. Igualmente, cumpliendo una petición directa del primer mandatario, también se prepara un Código de Ética que

permita sancionar a los diputados que, una vez en ejercicio, tengan posturas distintas a la línea oficial o decidan cambiarse de partido. En un terreno más frontal, pero también dentro de esta misma lógica, podrían leerse otras acciones, como el cierre definitivo de Radio Caracas Televisión, la represión abierta a las manifestaciones estudiantiles o la llegada del comandante cubano Ramiro Valdés, con la supuesta misión de enfrentar la terrible crisis eléctrica que sufre el país. En términos de la izquierda más artesanal, de la que todavía cree que los procesos históricos se resuelven con un manual de Marta Harnecker, se trata de “desbaratar” el sistema. Es el verbo preciso. Así lo agitó Aristóbulo Isturiz, dirigente del partido de gobierno, al referirse a los objetivos que tienen por delante: “Hay que transformar el Estado burgués en un Estado comunal.” Es una propuesta arriesgada si se toma en cuenta que estamos en un año electoral y que, por primera vez, las encuestas asoman la posibilidad de que la oposición pueda obtener un importante triunfo en las elecciones parlamentarias del próximo septiembre. Chávez ya está en campaña. En el fondo es lo que mejor sabe hacer: ganar elecciones. Es experto en administrar las esperanzas de los pobres

mientras sigue concentrando el poder, más poder, alrededor de su persona. Lo demás no importa demasiado.

¡Exprópiese!” gritó el Presidente, señalando uno a uno algunos inmuebles del centro de Caracas. Al día siguiente, sin embargo, se supo que uno de esos edificios era propiedad de la Universidad de Oriente. No se puede volver público lo que ya es un bien público. El espectáculo de la izquierda bolivariana se evapora. La excusa de la revolución es cada vez menos verosímil. —

— ALBERTO BARRERA TYSZKA

NICARAGUA LA LARGA MANO DEL CHAVISMO

Hace unos diez años Carlos Fernando Chamorro se volvió no solamente un periodista de primer plano, sino también una de las más grandes conciencias políticas de Nicaragua. Conducía hasta hace poco dos emisiones de televisión, *Esta noche* y *Esta semana*, ambas en el Canal 8. Durante quince años estas dos emisiones se convirtieron en puntos de referencia en el país. Carlos Fernando no estaba exclusivamente al tanto de los momentos políticos significativos de la política nacional e internacional, sino también de los acontecimientos culturales. Como uno puede notar al consultar el sitio www.estasemana.tv, esta emisión está compuesta de una afortunada mezcla de reportajes, episodios humorísticos, comentarios y entrevistas a personalidades provenientes de todos los linderos políticos y del mundo de la cultura. A excepción de Daniel Ortega y sus allegados, quienes, aunque regularmente invitados, rechazaban ir al programa, el conjunto del mundo político y cultural nicaragüense fue y presentó allí sus puntos de vista, desde Edén Pastora y Humberto Ortega hasta Dionisio Marengo, desde Dora María Téllez hasta Sergio Ramírez, desde Arnoldo Alemán hasta Eduardo Montealegre. Las entrevistas y los deba-



Daniel Ortega saluda a los medios.

tes que tuvieron lugar se caracterizaban por un estilo tanto cortés como incisivo y sin concesiones. Los reportajes también brillaban por su preocupación de no ceder al sensacionalismo y de establecer metódicamente los hechos, así se tratara de corrupción, de tráfico de maderas preciosas o de dar a conocer los mecanismos del fraude electoral ocurrido durante las elecciones municipales nicaragüenses de noviembre de 2008. Estas dos transmisiones fueron emblemas de los intentos de la *intelligentsia* nicaragüense por crear un espacio público en que no sólo los puntos de vista fueran confrontados unos contra otros sino donde la discusión racional y argumentada permitiera establecer la verdad y resaltar lo que estaba en juego, más allá de los asuntos personales.

Sin lugar a dudas, el proyecto de promover un debate democrático disgustó desde hace mucho a Daniel Ortega. Su regreso al poder en enero de 2007 se tradujo rápidamente en repetidos ataques de los medios oficiales a los periodistas independientes y más particularmente a Carlos Fernando

Chamorro. Algunos de estos periodistas fueron destituidos, otros juzgaron más prudente continuar su oficio de caricaturistas desde el extranjero, como Manuel Guillén, quien envía sus dibujos desde Miami. Carlos Fernando y sus colaboradores habían resistido, lo que les valió ser acusados en octubre de 2008 de “actividad ilícita”, un delito que en el derecho nicaragüense no existe, pero que permitió a la policía investigar sus locales y confiscar sus archivos y computadoras.

Después el poder orteguista encontró una mejor “solución”: comprar nuevamente la cadena de televisión, Canal 8, que acogía a *Esta noche* y *Esta semana*. Durante meses Nicaragua estuvo saturada de rumores que anunciaban la noticia. Ahora la cosa hecha está, y de una manera que la vuelve irreversible. ¡El antiguo propietario dejó ver que el contrato que lo ligaba al comprador lo obligaba a no revelar el nombre de la persona que había desembolsado diez millones de dólares para comprar Canal 8! Mejor se comprobó que Telcor, la administración encargada de regular los medios de comunicación, participó en las negociaciones que llevaron a esta compra, no como un árbitro encargado de velar sobre los intereses del público nicaragüense sino como un representante del comprador. En fin, la única persona pública que aparece como el comprador final de Canal 8 no es otra que la Secretaría del Frente Sandinista de Liberación Nacional, es decir, el órgano dirigente del FSLN, que está directamente en manos de Daniel Ortega y su esposa. De ahí la pregunta sin respuesta que persiste hasta la fecha: ¿la confusión entre una administración a cargo de los intereses del servicio público y el partido en el poder, FSLN, está asociada a una confusión entre el partido, su jefe Daniel Ortega y su familia? Los diez millones de dólares desembolsados para la compra del Canal 8 son de origen venezolano y provienen más concretamente de los fondos de cooperación destinados a combatir la pobreza y ayudar a los más desfavorecidos. La prensa nicaragüense

y toda una parte de la oposición habían señalado los posibles abusos respecto al uso de una ayuda que fue otorgada por los allegados a Ortega de una manera completamente discrecional. Hoy la politización no es sólo cuestión de la concesión de ayudas a los más desfavorecidos en función de su significante o nula proximidad al FSLN. Los fondos venezolanos sirven como reservas ocultas del régimen y le permiten comprar lo que les plazca; en esta ocasión, el dueño de una cadena de televisión debería estar agradecido de que no le hayan rechazado la renovación de su derecho de transmisión. Es comprensible, entonces, que ante tal situación Carlos Fernando Chamorro haya decidido suspender sus transmisiones y no ser aval de este tipo de práctica.

Sin importar lo que diga Ortega, no se está en la “segunda fase” de la revolución sandinista, pero sí en la construcción de una dictadura personal que se asemeja a la del último de los Somoza: permanencia en el poder contra viento y marea y enriquecimiento personal. En un primer momento Ortega se conformó, si se puede decir, con transacciones mafiosas: su pacto con Arnoldo Alemán, el antiguo presidente liberal que se volvió célebre por sus malversaciones de fondos, para agusanar al Estado y su aparato. Ortega enseguida decidió, siempre apoyado por su socio Alemán, organizar un fraude electoral masivo durante las últimas elecciones municipales en noviembre de 2008. Y está preparando la puesta en marcha de los medios de comunicación y de la sociedad civil, para tener a su disposición las condiciones previas para modificar la Constitución y poder presentarse en las elecciones de 2011. Tal vez convendría que la OEA se conmoviera y se movilizara, ¿o espera volver a convertirse en lo que en algún momento fue: “una cosa de risa”?¹

— GILLES BATAILLON
Traducción del francés
de Adriana Romero-Nieto

¹ En español en el original. Referencia a la canción de Carlos Puebla, “La OEA es cosa de risa”—N. de la T.